

Misa de la noche de Navidad Lc 2,1-20

Sucedió que por aquellos días salió un edicto de César Augusto ordenando que se empadronase todo el mundo. Este primer empadronamiento tuvo lugar siendo gobernador de Siria Cirino. Iban todos a empadronarse, cada uno a su ciudad. Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y familia de David, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. Y sucedió que, mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días del alumbramiento, y dio a luz a su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en el alojamiento. Había en la misma comarca unos pastores, que dormían al raso y vigilaban por turno durante la noche su rebaño.

Se les presentó el Ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvió en su luz; y se llenaron de temor. El ángel les dijo: «No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor; y esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.» Y de pronto se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace.»

Y sucedió que cuando los ángeles, dejándoles, se fueron al cielo, los pastores se decían unos a otros: «Vayamos, pues, hasta Belén y veamos lo que ha sucedido y el Señor nos ha manifestado.»

Y fueron a toda prisa, y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, dieron a conocer lo que les habían dicho acerca de aquel niño; y todos los que lo oyeron se maravillaban de lo que los pastores les decían. María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón. Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, conforme a lo que se les había dicho.

LECTURA

En el conjunto del evangelio de Lucas, este texto ocupa una de las hojas del gran díptico que cuenta el nacimiento de Juan Bautista y el de Jesús. Nos encontramos en el prólogo del tercer evangelio, donde Lucas (el evangelista de la misericordia, no lo olvidemos) pretende dos cosas: marcar las diferencias entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, dos momentos que se complementan, pero que contienen unas diferencias importantes para la vivencia de la buena nueva de Jesús; y, en segundo lugar, presentar al gran protagonista de su escrito: Jesús, el Hijo del ABBA, y por ello el Mesías y el Señor.

Un buen ejercicio, si hubiese tiempo, sería coger un folio, escribir a dos columnas las dos hojas del díptico de Lucas (anuncio - cántico - nacimiento de Juan y anuncio - cántico - nacimiento de Jesús) y comprobar lo que tienen en común y lo que les diferencia. Por ejemplo, los títulos con los que es definido Joan y los que se atribuyen a Jesús; la forma de recibir el mensaje de Zacarías y la de María... Un trabajo sugerente y fascinante. Encontraremos también las dos maneras de experimentar al Dios Vivo y Verdadero antes y después de Cristo, una cuestión fundamental que a menudo pasa desapercibida.

Volvamos a nuestro texto. Es tan rico que solo podremos subrayar alguno de los contenidos que ofrece a la lectura, expresados por los indicios literarios de que se sirve el evangelista Lucas. Sin duda, él usa aquí tradiciones muy anteriores a la fecha de composición del tercer evangelio. Textos antiguos, de la más temprana teología/cristología cristiana y que Lucas incorpora como pórtico del texto. Ello nos pone en contacto con los intentos más primitivos de expresar la fe y de evangelizar, tal como nosotros hoy también nos sentimos llamados a hacer. Y ya podemos sacar una primera lección: se trata de decir nuestra fe empleando el lenguaje que tenemos al alcance y que puede ser entendido sin demasiadas explicaciones. Lo que hacen los

primeros catequistas es decir palabras que la gente comprende y, a través de ellas, hacerles llegar la novedad que contiene el mensaje evangélico. Sin miedo. Buscando sobre todo que lo que quieren transmitir con las palabras sea una experiencia vital, experimentable por el interlocutor. Que siempre es la misma: observar, comprobar y decir la libertad, la alegría, la novedad nacida en mí gracias a la Palabra que me han transmitido y me han explicado. Vida -> Fe -> Vida es el esquema que siguen siempre. Partir de lo que preocupa, de los miedos, de las necesidades, dudas, preguntas, intereses; conectarlo con el mensaje y contar con palabras nuevas el resultado (Mesías y Señor quiere decir precisamente esto: alguien capaz de construir conmigo mi libertad, de empujarme a crear un mundo mejor y de entrar en el universo siempre inexplorado y fantástico de la relación con Él como Único Absoluto).

Primera cosa que podemos notar: la datación precisa (“**por aquellos días...**”). La historia del Dios con nosotros no es un mito interesante que nos quiere comunicar ideas sobre el sentido de la vida y de la muerte. No. Es la historia de uno de los nuestros, que siente, piensa, vive, ama como nosotros y que, enamorado del Amor (eso quiere decir su divinidad, que Él es Amor sin límites desde el seno de la Trinidad), vive la vida entera según este horizonte radical. Uno de los nuestros. Para decirnos con palabras nuestras, que no tenemos que ir fuera a aprender, que hay un Amor más fuerte que la muerte y que coincide con el único nombre del Dios que puede ser nuestro Dios porque habita en nosotros.

Segundo: este Dios preocupado por nosotros no se hace presente donde habitualmente buscaríamos a alguien importante (en los palacios, en los templos, en las casas de los ricos o de los importantes...). No. Viene a encontrarnos desde la pequeñez. “Lo pequeño es lo bello”, dice el adagio. Y es cierto. Y también: “Dios es el que nada inmenso puede contener, pero que está arraigado en lo mínimo.” Nuestro Dios es asequible:



¡nace en un lugar donde ha tenido que recalar porque nadie le ha abierto su casa! Tremenda lección para nosotros, tan distraídos con tantas cosas que nos alejan del necesitado, del indigente, del marginal...

Tercero: pero..., hay algo que siempre acompaña la presencia de este Dios: la ternura. Es el gran papel de la madre, que le envuelve en pañales y le tiene en sus brazos, para hacerle llegar el calor de un amor intenso, tierno y gratuito..., que más tarde Él derramará por doquier y llevará donde nadie antes lo había llevado. También a la cruz.

Cuarto: los ángeles. Necesitamos siempre alguien que llame nuestra atención y nos recupere para la contemplación. Estamos demasiado acostumbrados a vivir fuera de nosotros mismos. Pasamos por la vida como el turista. Y tenemos que aprender a permanecer en el paisaje como el peregrino, que no tiene prisa, que se sabe parar y que sabe escuchar lo que le dicen las cosas por donde pasa. Los ángeles representan aquí la memoria viva que nos reconduce a la verdad de las cosas, a su verdadero nombre, para que descubramos en ellas la Gloria de Dios. Es decir: su alegría, su ilusión, su deseo de ser amado, encontrado, reconocido y tenido como Absoluto.

Quinto: hay que contar a los que no están las experiencias surgidas de la escucha de los ángeles y de la llegada a la cueva. Contar a los demás lo que ha sido bueno para mí es la definición de evangelización más conforme a su naturaleza.

Y sexto: también hay que aprender a contemplar, a rumiar, a escuchar el eco que la Palabra provoca en mí y en los miembros de mi comunidad. Como María. Hay que “guardar totes estas cosas en el corazón y meditarlas”. Es lo que queremos hacer con el ejercicio de la lectura de la Palabra en el seno de nuestro grupo.

CONTEMPLACIÓN



He aquí el texto que nos hemos preparado para leer durante todo el tiempo de Adviento. El milagro del Dios con nosotros, del Amor sin límites en el límite humano (¿puede haber algo más pequeño y limitado que un recién nacido?). Podemos comenzar este momento con unos instantes de silencio, de plegaria intensa. Podemos pedir al empezar a María que nos enseñe a “meditar y contemplar”. Después, podemos seguir:

- Escucha tu corazón al leer y oír las palabras que hemos escrito en negrita en el texto. Vuelve a leerlas. Repítelas en silencio, mentalmente, observa los sentimientos que desvelan en ti. Intenta decirlo. Con tus palabras, no con palabras prestadas a otros. Escribe alguna en tu cuaderno.
- ¿Dónde buscas a Dios? ¿Cómo lo buscas? ¿Con quién hablas de Dios? ¿Te preocupas de encontrar a personas con quien compartir tu proceso de fe?
- La gloria de Dios es la vida en plenitud de la persona humana. ¿Qué relación encuentras entre Dios y tu deseo de felicidad? ¿Te hace más feliz el hecho de ser cristiano? ¿Cómo lo explicarías a alguien que te lo pidiese?
- Observa los mil pequeños detalles del texto que Lucas usa para hablar de Jesús. Contempla su fragilidad, su pequeñez, el misterio de su amor sin límites en el límite inconcebible de un recién nacido. Observa y acoge la experiencia que el Espíritu crea en ti.
- Toma conciencia de los ángeles que Dios ha puesto a tu lado, durante tu camino. Agradécelos. Recuerda sus nombres. Y reza por ellos/ellas. ¿No podrías tú ser el ángel que necesitan los que te rodean?
- Si tienes un belén en casa, dedica unos minutos cada día del tiempo de Navidad a rezar ante él. Recupera al niño que hay en ti. Déjale que despliegue su inocencia. Reencuentra su capacidad de tocar el corazón de las cosas.

ORACIÓN

*Padre de todos nosotros:
Míranos aquí reunidos
para recordar la Navidad de Jesús, tu Hijo amado.
Queremos decirte que estamos contentos de hacerlo.
Y de estar aquí.*

*Te damos gracias por la casa que nos acoge,
por el afecto que nos une,
por la alegría que nos das con el nuevo día,
por la esperanza, la salud y el trabajo,
por nuestra ciudad, por el cielo y por el mar que la envuelven,
por los que amamos y nos aman.
Sobre todo, por este grupo nuestro
con el que compartimos la fe y hacemos más fuerte nuestra esperanza.*

*Que Tú, Padre, con Jesús, con María y José,
encuentres lugar entre nosotros.
Para ello, limpia nuestros corazones
de cualquier resentimiento, envidia o egoísmo.
Danos fuerza y ayuda para saber tener paciencia
con nosotros mismos, con los demás...
y haz que nos mantengamos fieles
al amor que es nuestra historia y nuestro futuro.*

*Danos, Padre, en estos días de Navidad,
coraje para seguirte,
una mente clara para saber qué quieres de nosotros,
serenidad, consuelo y PAZ.*

